
Domingo de Ramos: *El poder que se arrodilla*

Una entrada que lo dice todo

Hoy comenzamos la semana que concentra el corazón de la fe cristiana. Lo hacemos siguiendo a alguien que entró en la ciudad más importante de su mundo montado no en un caballo de guerra, sino en un burro de carga. Esa imagen no es decorativa: es programática.

Según los historiadores, había dos entradas a Jerusalén en aquellos días de Pascua. La primera —la que todos esperaban— era la del gobernador romano Poncio Pilato: carrozas resplandecientes, vestimentas lujosas, una columna de legionarios imponiendo silencio y miedo. Era la entrada del poder que se exhibe para dominar.

La otra entrada era la de Jesús. Un profeta de Galilea —de esa región de la que se decía que no podía salir nada bueno— montado en un animal de labranza, rodeado no de soldados sino de gente sencilla que agitaba ramos y cantaba. Dos imágenes del poder, dos concepciones del mundo, una misma ciudad y un mismo día.

"Ningún emperador del mundo entra triunfalmente montado en un borrico. Lo que Jesús quiere dejar bien claro es que donde no hay humildad no es posible arreglar el mundo."

Jesús sabía perfectamente lo que le esperaba. No se dejó deslumbrar por los vítores ni por las palmas. Era un profeta que conocía la lógica del poder religioso y político de su tiempo, y sabía que su propuesta lo ponía en peligro mortal. Aun así, no retrocedió. Entró. Montado en un burro.

El Domingo de Ramos no es un evento teatral, sino la **inauguración de una subversión radical del orden establecido**. Jesús entra en Jerusalén no como un líder político triunfante, sino como el **Siervo Sufriente** que, con plena conciencia y libertad, elige el camino de la humildad para destruir las construcciones religiosas antihumanas. Esta entrada contrasta con el despliegue de poder militar de los gobernantes de la época, demostrando que la verdadera autoridad nace del **abajamiento y la mansedumbre**.

La comunidad cristiana es convocada no a observar un drama histórico, sino a **identificarse con el proyecto del Reino**, asumiendo que el triunfo del amor sobre el odio pasa necesariamente por la Cruz, entendida como fidelidad extrema y no como simple culto al sufrimiento. Al final, este misterio exige una **coherencia institucional y personal**: reconocer que donde no hay humildad, no es posible gestionar ni arreglar el mundo.

La voz que llegó primero: El Siervo que no se echó atrás

Casi seis siglos antes de Jesús, un poeta inspirado que conocemos como el segundo Isaías escribió cuatro cantos extraños. Los escribió en el exilio, desde Babilonia, para un pueblo deportado y sin esperanza. En esos cantos aparece una figura misteriosa: el Siervo de Yahvé. Un ser que sufre sin resistirse, que da la espalda a los golpes y la mejilla a las bofetadas, que no grita ni se quiebra.

Durante siglos, los teólogos discutieron quién era ese siervo. ¿El pueblo de Israel? ¿Un profeta concreto? La respuesta quedó abierta. Pero cuando los primeros seguidores de Jesús buscaron palabras para entender lo que había ocurrido en el Calvario, encontraron esos cantos y reconocieron en ellos el rostro de su maestro. Lo que el mundo leía como derrota —la condena, el sufrimiento, la cruz— ellos lo relejeron como la forma más radical de fidelidad a Dios.

Esto fue revolucionario. La teología oficial del judaísmo no podía aceptar que el Mesías sufriera. Un Mesías crucificado era una contradicción en los términos. Pero los primeros cristianos se atrevieron a proponer una lectura nueva: precisamente porque el Siervo sufrió sin rendirse, precisamente porque Jesús murió sin traicionar su causa, allí se reveló el verdadero rostro de Dios.

"Ofrecí la espalda a los que me golpeaban y las mejillas a los que mesaban mi barba; no oculté mi rostro ante ultrajes ni salivazos." — Isaías 50, 6

A lo largo de esta Semana Santa escucharemos los cuatro Cantos del Siervo. No como textos que hay que descifrar, sino como espejos en los que contemplar el camino de Jesús. Y también, si nos animamos, como preguntas que nos hacen a nosotros: ¿qué causa sostenemos, aunque cueste? ¿Qué ramos de paz sembramos en medio de un mundo que sigue eligiendo las carrozas?

La paradoja que cambia todo: bajar para subir: el himno de Filipenses

San Pablo recoge en su carta a los Filipenses un himno que probablemente ya cantaban las primeras comunidades en la liturgia. Es uno de los textos más audaces del Nuevo Testamento, y conviene leerlo despacio porque condensa toda la lógica del Evangelio.

El himno tiene dos movimientos. El primero describe el descenso: el que era de condición divina no se aferró a esa condición, sino que se vació de sí mismo, tomó la forma de esclavo, se hizo semejante a los hombres, y se humilló hasta la muerte en cruz. El segundo movimiento describe el ascenso: precisamente por eso —dice Pablo con énfasis— Dios lo exaltó por encima de todo, y le dio el nombre que está sobre todo nombre.

"Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió el nombre sobre todo nombre." — Filipenses 2, 8-9

La paradoja es enorme: no se sube sino bajando. No se reina sino sirviendo. No se es grande sino vaciándose. Pablo sabía que esto chocaba con toda la mentalidad de su tiempo. Para los griegos, la grandeza consistía en gestas heroicas, en una existencia gloriosa. Para los judíos, el Mesías debía triunfar. Un Mesías crucificado era, literalmente, un escándalo.

Y sin embargo, esa paradoja se convirtió en el corazón de la fe cristiana. No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo —el texto nos advierte contra esa lectura—, sino porque el amor que no se protege, que da todo sin calcular, que prefiere perder antes que traicionar, revela algo de la naturaleza más profunda de Dios.

La historia que nos incluye: Leer la Pasión como protagonistas

La Pasión según san Mateo es el corazón del Domingo de Ramos. Es un texto largo, y esa longitud es intencional: la Iglesia nos invita a hacer el camino entero, sin atajos. Desde la institución de la Eucaristía en el Cenáculo hasta el entierro en el sepulcro nuevo.

Mateo escribe para una comunidad que viene del judaísmo y necesita entender cómo la muerte de Jesús encaja en el plan de Dios. Por eso insiste en el cumplimiento de las Escrituras, y por eso su relato tiene una densidad teológica particular. Pero hay algo que vale para toda comunidad y toda época: este relato fue escrito para ser escuchado en asamblea, no estudiado en soledad.

Cuando escuchamos la Pasión, la Iglesia nos propone algo más que información religiosa: nos propone que nos preguntemos dónde estamos nosotros en ese relato. ¿Somos Pedro, que prometió todo y negó tres veces? ¿Somos los discípulos que huyeron? ¿Somos las mujeres que se quedaron al pie de la Cruz cuando todos se habían ido? ¿Somos Pilato, que sabía la verdad y lavó sus manos?

"La Pasión no es un tema 'gore' de sangre y sufrimiento cruel. Es el misterio de la identificación con su causa, con el proyecto del Reino que había anunciado hasta llegar a sus últimas consecuencias."

Mateo tiene un episodio que no aparece en los otros evangelios: la mujer de Pilato que intenta interceder por Jesús, y Pilato lavándose las manos. No son adornos literarios. Son señales de que la responsabilidad moral es real, que siempre hay un momento en que decidimos si actuamos o miramos para otro lado.

Y hay otra advertencia que el texto hace con firmeza: la lectura antijudía de la Pasión ha causado siglos de horror. Los responsables de la condena de Jesús no fueron el pueblo judío, sino unos dirigentes concretos que no pudieron tolerar que un profeta desafiara su poder. Leer la Pasión como condena de un pueblo es traicionar su sentido más profundo.

Contemplar para transformar

La Semana Santa no es una semana de tristeza religiosa sino de contemplación profunda. Y la contemplación, cuando es verdadera, transforma.

Los Cantos del Siervo nos ofrecen un camino concreto: en lugar de escucharlos pasivamente, podemos hacerlos nuestros. Dialogar interiormente con Jesús. Preguntarle qué nos dice hoy, a cada uno, desde su pasión. Y atrevernos a responderle: ¿qué le queremos decir nosotros?

Podemos hacer este ejercicio frente a un crucifijo, caminando en una procesión, sentados en silencio. La forma no importa tanto como la disposición interior: dejar que la historia de Jesús toque la nuestra. Dejar que su entrega hable a nuestros miedos, a nuestros egoísmos, a nuestras resistencias.

El horizonte de todo esto es la Pascua. Los relatos de la Pasión no fueron escritos desde la derrota sino desde la resurrección. Quienes los escribieron ya sabían el final: el amor no fue vencido. Por eso no nos quedamos en el Viernes Santo. Caminamos hacia él, pero con la certeza de que el domingo llega. Por nos disponemos a:

Adoptar un liderazgo de "borrica": En cualquier ámbito de gestión (eclesial o social), priorizar la **humildad sobre la ostentación**, entendiendo que la vanidad anula la capacidad de servir.

Practicar la escucha activa de la realidad: Así como el Siervo tiene el "oído abierto" para consolar al abatido, se debe buscar una **sensibilidad empática** ante el sufrimiento ajeno en lugar de la indiferencia.

Sustituir la estética por la radicalidad: Evitar vivir la fe o los compromisos sociales como algo "teatral" o puramente cosmético, buscando una **identificación real con las causas** que defienden la vida.

Fomentar el diálogo Interior y la contemplación: Utilizar la meditación de la Pasión para un **diálogo personal con la propia vulnerabilidad** y la de los demás, buscando transformar el corazón desde la misericordia.

Desmontar "construcciones religiosas" inhumanas: Actuar críticamente frente a normas o estructuras que, en nombre de Dios, se vuelven **opresoras o carentes de amor**, siguiendo el ejemplo del profeta de Galilea.

Asumir la responsabilidad personal en la comunidad: No delegar la ética en "dirigentes ciegos", sino **hacerse protagonista** de la propia historia de salvación y de la construcción de una comunidad unida al "corazón" de los que sufren.

Recuperar la **humildad original** para la Iglesia actual implica una transformación profunda que va más allá de lo simbólico, exigiendo una revisión de sus estructuras de poder y su forma de presencia en el mundo. Según las fuentes, este proceso conlleva las siguientes implicaciones fundamentales:

Abandono de la ostentación y el poder temporal: El texto señala honestamente que la Iglesia se ha alejado de sus orígenes al sustituir la "borrica" de Jesús por **"carrozas, altares, tronos y aparatosos medios de transporte"**. Recuperar la humildad exige reconocer que estas "torpes vanidades" han anulado el mensaje central de Jesús sobre quién era él y qué quería.

Subversión del "sistema" establecido: La entrada de Jesús en Jerusalén fue una **subversión radical** de la grandeza política tradicional. Para la Iglesia, esto implica actuar de forma contraria a los poderes del mundo (representados en el texto por Pilato), quienes basan su autoridad en el miedo, las armas y el control. La autoridad de la Iglesia debe nacer de la **mansedumbre y la alegría**, no de la imposición.

Recuperar la humildad significa que la Iglesia no debe acompañar a la humanidad de forma "estética" o superficial, sino **radicalmente**, compartiendo incluso la debilidad y el "escándalo" de las realidades más duras. Esto implica dejar de vivir la fe como algo "teatral" para abrazar la **dura realidad** de los que sufren.

"Donde no hay humildad no es posible arreglar el mundo" ni gestionar adecuadamente una comunidad humana. Por tanto, la humildad no es una virtud opcional, sino un requisito operativo para la misión de la Iglesia.

Adoptar la lógica del "abajamiento" (kenosis), donde la divinidad se manifiesta en el servicio y la vulnerabilidad. La Iglesia debe verse a sí misma no como una institución triunfalista, sino como una comunidad que, al igual que el Siervo, **no se echa atrás ante el sacrificio** por la salvación de la humanidad.

Recuperar esta esencia obliga a la Iglesia a evaluar si sus propias normas o estructuras se han convertido en construcciones **"antihumanas y antidivinas"** que necesitan ser desmontadas para priorizar el proyecto del Reino.

En conclusión, recuperar la humildad original significa volver a la paradoja de que la verdadera grandeza se encuentra en el **servicio y el abajamiento voluntario**, permitiendo que la institución sea gestionada desde el "corazón" y la misericordia en lugar del privilegio.

Para vivir esta semana

La Semana Santa actitudes concretas que nacen de lo que hemos contemplado:

1. **Revisar cómo ejercemos la autoridad.** La imagen del burro no es nostalgia romántica. Es un criterio de hoy: ¿desde dónde hablamos, decidimos, conducimos? ¿Desde arriba o desde abajo?
2. **Distinguir entre sufrimiento con sentido y sufrimiento estéril.** No todo dolor redime. Lo que transforma es la fidelidad a una causa de bien, aunque cueste. Eso es lo que vivió Jesús.
3. **Identificarnos con el vulnerable, no con el poder.** La comunidad cristiana muestra quién es según con quién se identifica. La Pasión nos pregunta: ¿con los dirigentes que condenaron, o con el profeta que fue fiel?
4. **Darse tiempo para la contemplación.** Esta semana, reservar momentos para meditar los Cantos del Siervo, dialogar interiormente con Jesús, o simplemente contemplar un crucifijo en silencio. No es tiempo perdido: es donde ocurre la transformación.
5. **No perder de vista la Pascua.** El Viernes Santo es real. El dolor es real. Pero todo el camino de esta semana se hace con la certeza de que el amor no fue vencido. La resurrección no borra la cruz: le da sentido.



Que este Domingo de Ramos nos ayude a entrar en la Semana Santa con el corazón abierto. No como espectadores de un drama religioso, sino como personas que se dejan tocar por la historia de alguien que amó hasta el final. Y que al llegar la Pascua, podamos experimentar, juntos, que ese amor sigue vivo.